

Un laberinto llamado tianguis

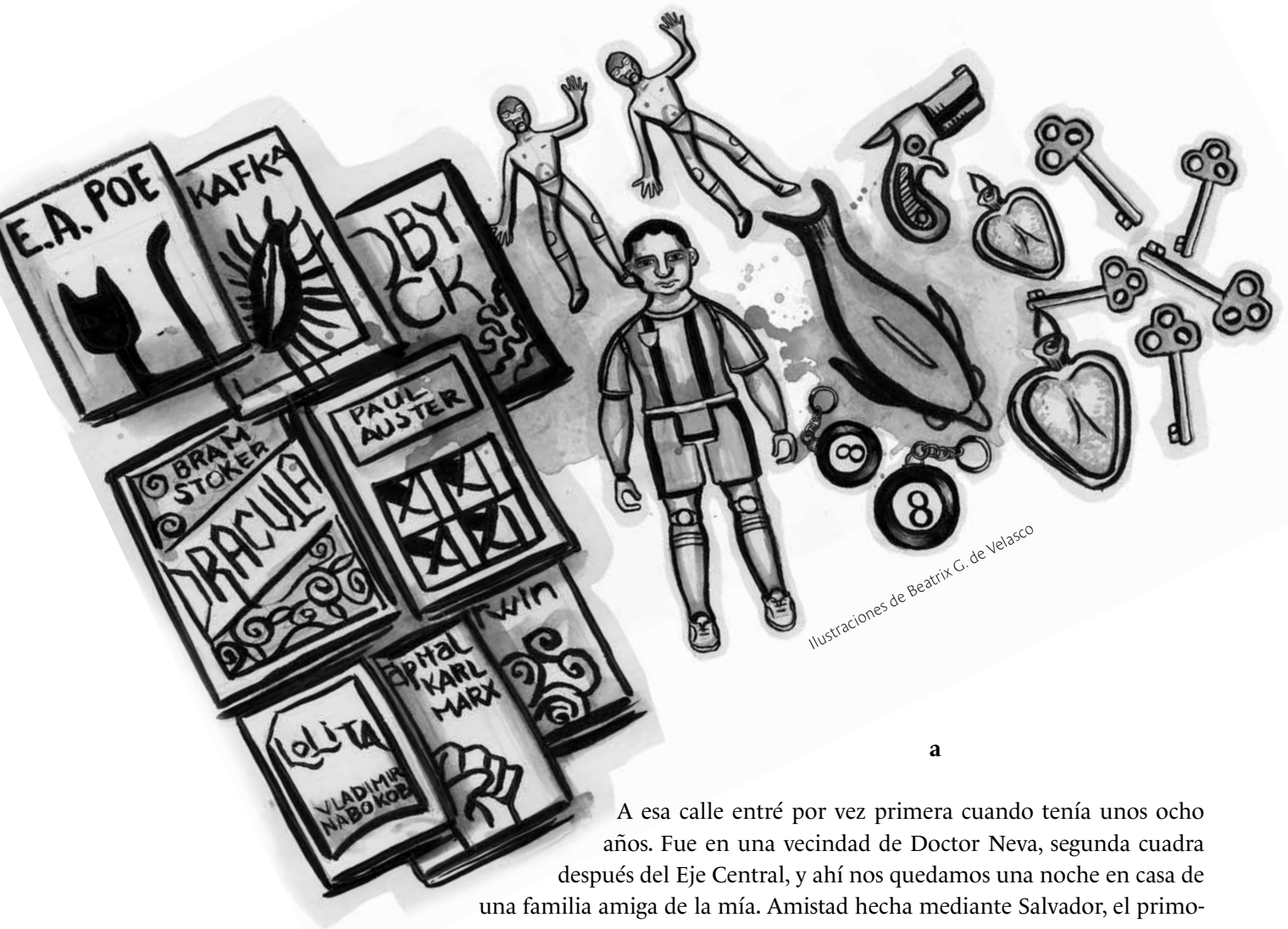
Jesús Vicente García

I

Es medio día. Los rayos de sol penetran más allá de los huesos. Ayer, sábado, llovió, así que el olor a verano en pleno mayo y la presencia del rubicundo Apolo le recordó a Basilio la forma en que Cervantes describe el nuevo día: “La del alba sería cuando don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo”, que son ahora sus Converse rojos que compró en el Centro en mi compañía; y ahí va Basilio con su casi uno ochenta, gorra roja, pantalón de mezclilla justo y sudadera azul marino de los Patriotas de Nueva Inglaterra; piensa que hoy no verá a su novia de cabello largo y aroma a princesa (asumiendo que ellas huelen riquísimo), de ese tamaño mi joven amigo ama a su Dulcinea de carne y hueso que en la realidad se llama Beatriz.

Camina sobre Lázaro Cárdenas, se detiene en la explanada del metro del mismo nombre. Habla por celular. Su rostro me dice que es con su dama. Lo saludo con un golpe de puño a puño. Sigue hablando y así con su aparato en la oreja nos dirigimos al maravilloso mundo del tianguis de la colonia Doctores.





a

A esa calle entré por vez primera cuando tenía unos ocho años. Fue en una vecindad de Doctor Neva, segunda cuadra después del Eje Central, y ahí nos quedamos una noche en casa de una familia amiga de la mía. Amistad hecha mediante Salvador, el primogénito de los Islas, quien era amigo de mi hermano Andrés, en la primaria. Chava era un tipo delgado, no muy alto y hasta simpático, pero que al poco tiempo perdió todo eso. El caso es que nosotros, los cuatro hermanos, coincidíamos en edad y en escuela con ellos; nosotros somos tres hombres y una mujer, ellos cuatro y una. Su papá tenía una camioneta de redilas, no sé a qué se dedicaba; el señor, dicen, ejerció el box de joven, sólo que el alcohol terminó con él.

La razón de pasar la noche ahí es que al otro día nos llevaría el papá de Salvador a ver a Chabelo, a su programa; sí, el señor grandote que habla como niño y tiene un programa en televisión que tiene más años que la televisión misma. Era 1977. Después de ver *En familia con Chabelo* (previa fila gigantesca sobre avenida Chapultepec) y que uno de los Islas ganó unas chaparritas de uva y otro se agenció unos globos, llegamos a su calle, ya con el tianguis en pleno, a medio día; recuerdo esos puestos de fierros oxidados, con cabezas de muñecas y ojos de fuera, patitos de hule sucios, resortes torcidos, discos rotos, historietas viejas (*El Santo*, *Los Agachados*), con sus marchantes bebiendo cerveza, fumando, señoras con mandil en la elaboración de sopes y quesadillas, un ambiente raro para mi infancia, y que pronto me hizo ver al ser humano en su desnudez, con su violencia en el hablar, la grosería constante, la burla inmediata, el papá de Salvador gritándole majaderías a sus hijos como si fueran sus iguales, ellos respondiendo a la altura. Iba a llover, y junto con mis hermanos emprendimos el regreso a la otra colonia. Sorteamos puestos de ropa usada y chácharas, casi no había cosas de nuevo.

II

Basilio pregunta por unas playeras que en Martí cuestan un ojo de la cara. Aquí están a mitad de precio. El mundo, para él, ha cambiado este domingo.


b

A mis diecinueve años fui a una tocada a Antonio Solís, en la Obrera, salí con ganas de beberme otra cerveza. Me metí a Doctor Neva para seguirla y saludar a José Luis, miembro de la familia Islas, de mi edad, fuimos juntos a la primaria 18 de Marzo. No estaba en casa. Aún vivía su papá, quien estaba mosqueado y olía a alcohol a kilómetros. El señor se dejaba morir. En el terremoto perdió a su esposa, a sus hijos Araceli y a Óscar. Después, Bulmaro, el segundo, se suicidó. Salvador estaba en ese momento en el reclusorio. Recuerdo que después fue a la casa y me dijo que él fue uno de los ayudantes de Ríos Galena. No sé si fue cierto. Él iba drogado y perdía la idea todo el tiempo. El caso es que eran como las dos de la mañana. Cuando salí de la vecindad (ya mucho mejor que antes del terremoto, un edificio favorecido por el programa de Reconstrucción Habitacional), vi una bolita de chavos de mi edad que le pegaban a alguien. Yo me seguí de largo, nadie me hizo caso; en la calle había dos tres jóvenes dándose un “gallo”. Escuché una voz chillona que reconocí, era José Luis, él era el receptor de esa patiza. Quizá fue el efecto de la cerveza o me sentí héroe pero me regresé, uno de ellos lo pateó en la cabeza cuando mi cuate decía ya estuvo, ni hablar, y el otro seguía, y se me hizo fácil ponerme enfrente y decirle: ya te dijo que ya estuvo. Él ni me peló. Me quiso hacer a un lado, no me movió, lo tomé de las greñas, lo bajé, lo pateé, lo tiré y me sentí todo un Aquiles. José Luis se levantó y logró pegarle a otro. Se escuchó un chillido y ambos caímos al piso, recibimos más patadas y golpes que Don Quijote y Sancho en la aventura de la venta. Quedamos tirados en esa esquina de Neva por no sé cuánto tiempo. Otros chavos ayudaron a levantarnos. Nos dieron cerveza. Entramos a la casa de José Luis. Su papá estuvo todo el tiempo tirado en el piso hablando solo. Nosotros nos la amanecimos bebiendo y escuchando rock y rancheras. Dormimos. Desperté cuando el sol estaba en lo alto. Salí y apenas se estaban poniendo algunos puestos del tianguis. Una señora joven que vendía los famosos *walkman* me preguntó que qué tenía. Me sentó. Dijo que me conocía. Me lavó la cara y me puso alcohol, me ardió, pero se me quitó con una pomada que me aplicó. Me enseñó un espejo y me vi un ojo hinchado, el labio flameado, el pómulo aún rojo, y de pronto sentí dolor en mi brazo derecho, la rodilla ídem, el pantalón roto, mi chamarra negra de piel raspada, rota del cuello, mis Converse llenos de tierra mojada. La cruda me hizo sentir una porquería. Di las gracias. Caminé hacia mi casa y envidié a los tianguistas que saboreaban su atole, que se veían recién bañados, frescos; a mí, en casa me esperaba otra zarandeada de mi mamá.

III

Vera, la mamá de Basilio, le platicó que ella conoció gente de Neva y por eso le prohibió andar por estos lugares. Vente, le digo, lo prohibido es lo más sabroso y lo verdaderamente sabio.

c



A partir de mis veintitantos, el tianguis me ha ayudado en mi trayectoria como lector. Antes del dos mil, había unos puestos en el callejón de Neva, Dr. Andrade y en Dr. Norma que tenían libros de todo tipo de a tres pesos, diez, el más caro a veinte, pero nunca se pagaba eso, uno le regateaba al señor y decía “ya vas, dame tanto”, lo tomaba y enviaba a su hijo a la tienda por su cerveza. A mí me conocía desde que iba en el Cetus 49 de Xochimilco. Por él leí a Emiliano Pérez Cruz, con *Borracho no vale*; a Armando Ramírez y *Noche de califas*; a Steinbeck con *La perla*; a Philip K. Dick, con *Tiempo de Marte*, en buenas condiciones, en cinco pesos; una edición argentina del *Quijote*, con ilustraciones bien psicodélicas, por la época (1969), en dos tomos, me costó veinte pesos, y la he visto y no baja de trescientos cincuenta.

No quedó casi nada de la familia Islas, acaso el recuerdo. El papá murió por el 95 de cirrosis. A José Luis lo encontré por el 93 en pleno Eje 3 y 5 de Febrero, una mañana de mayo, a las cinco de la mañana. Me dirigía a mi primer trabajo que tuve como redactor, varios jóvenes hacíamos síntesis informativas, en Insurgentes Centro 132, el Edificio Mallorca. Un auto negro sacaba chispas, arrastraba la defensa. Me hice a un lado y que escucho mi nombre. Era él. Venía de Toluca, traía un carro para “realizarlo” y me

dijo orgulloso que había salido de la cárcel de Almoloya y que ya había estado un ratito en una de Guadalajara. Meses después fue a la casa, me pidió dinero y se fue. Cuenta la leyenda que lo metieron al bote porque hizo algo muy grande y que iba para largo, y ya no supe más.

Cuando iba al tianguis, en algún momento volteaba a la vecindad por si veía a alguien, después se me fue olvidando eso que en algún momento me dolió, porque los conocí muy bien y saber que ya no vivían o estaban en la cárcel me hacían sentir raro, no sabría explicarlo. Ahora veo al tianguis de otra manera y me permite recordarlo cuando no había tantos puestos y había más cosas usadas, porque era de chácharas, y así decíamos en la casa: vamos a las chácharas, no decíamos tianguis.

IV

No puedo creer que Basilio no conociera este tianguis, como si viviese al otro lado de la ciudad. Andamos entre los puestos de plásticos verdes. Una mujer grande de edad, delgada, con ojos de maldad, les pide la cuota a los vendedores. Nos sorprendemos cuando le dice a un tipo que él dijo que usaría metro y medio, no dos, así que o me pagas lo que falta o te me largas.

“¿Dónde me metes?”. “Calla”, le digo. Tú sigue y sigue como el flaco manchego, acuérdate que en la lentitud está el peligro.

V

Le voy platicando todo eso a Basilio mientras caminamos y vemos puestos de libros de viejo, que hay pocos, pero hay. Él se compra *Al este del edén*, de Steinbeck, 1953, veinte pesos y buen estado; encontramos una colección de *La vida de los tiburones* (con fotos y grabados), otra de *Escritores ingleses siglo XIX y XX*. Me llevo una edición rara, chilena, de *El diablo en el cuerpo*, de Raymond Radiguet, veinte pesos, “me cae que no la va

a encontrar, señor”. Basilio me hace burla porque me dijeron señor. Con respeto pasamos frente a la Santa Muerte en su nicho, negra y alta, en una esquina. Nos da hambre y vamos a Doctor Andrade y Doctor Norma por unos tacos de carnitas. Ahí revisamos los libros que compramos. Dice que le echó el ojo a una muñeca que quiere regalarle a Bety. Le platico que yo he sido hombre de calle, anduve en bicicleta varios años, conocí tianguis en Tetelpan, en San Ángel, en el Olivar de los Padres, en La Raza, en la Anáhuac, enfrente de CCH Oriente; mi primera bicicleta de carreras la compré en el de San Felipe de Jesús, mis pantalones de mezclilla los compré con mis primeros trabajos en Coruña, ese tianguis largo que permaneció muchos años cerca del metro Viaducto; Tepito y la Lagunilla los conocí por mi mamá y por mis hermanos.

Quiere regresar por esa muñeca. No se acuerda en dónde estaba. “No tienes memoria de tianguista. El comprador de tianguis debe ser como una recamarera o sirvienta, recordar cómo estaba hecha la cama, dónde las corbatas, cómo la almohada, pues así los que recorren tianguis, visualizar las esquinas, ver señales de mitades de calles, todo lo que te pueda recordar aquel al que deseas regresar, para eso hay que perderse. Primera lección al visitar un tianguis, si no te pierdes, no buscas, no encuentras. El tianguis es nuestro laberinto del minotauro, o como Hansel y Gretel que usan moronas de pan para no perderse”.

Dice que no le eche tanto rollo y vamos para que me siga platicando de Bety, y mientras habla y habla, entiendo que uno no debe memorizar y analizar sólo para no perderse, sino para encontrarse en estos tianguis que a veces son nuestro propio espejo y salvación. Perdámonos. Encontrémonos. Es posible que hallemos unos cartapacios como en el lector-narrador del *Quijote* y así descubriremos al narrador de esta verdadera historia de domingo y de un Basilio que jode y jode con su Bety. ■■■